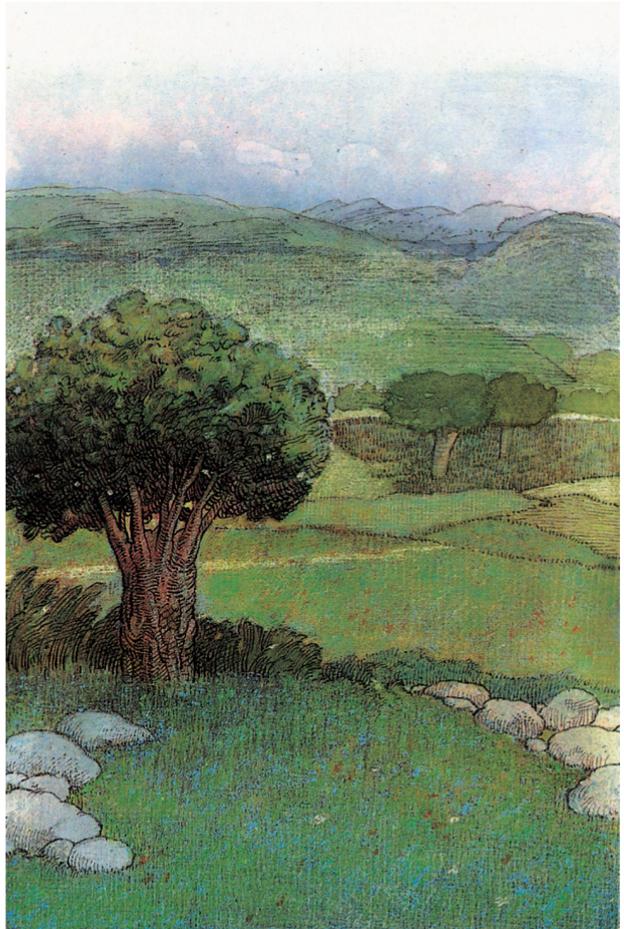


LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

C U E N T O S



Biblioteca Didáctica Anaya

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

C U E N T O S

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN, NOTAS, COMENTARIOS
Y APÉNDICE

ANTONIO FERRAZ MARTÍNEZ

Biblioteca Didáctica Anaya

C U E N T O S

¡ADIÓS, «CORDERA»!

Eran tres: ¡siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera*▼.

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras*¹ blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconoci-

5

10

.....
¹ Aislante de los cables en los postes del tendido.

|||||
▼Comienza el relato con una fórmula típica en los inicios de los cuentos: «*Eran tres*». En ese trío siempre unido, el nombre de *Cordera* corresponde a una vaca. La razón es su simbolismo, como veremos.

do, misterioso, temible, eternamente ignorado[▼]. Pi-
 nín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de
 ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, cam-
 pechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la
 15 aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco,
 fue atreviéndose con él, llevó la confianza al extre-
 mo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los
 alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana
 de arriba, que le recordaba las *jícaras*² que había vis-
 20 to en la rectoral de Puaó. Al verse tan cerca del mis-
 terio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se
 dejaba resbalar deprisa hasta tropezar con los pies
 en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo des-
 25 conocido, se contentaba con arrimar el oído al palo
 del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pa-
 saba escuchando los formidables rumores metálicos
 que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en
 contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a ve-
 30 ces intensas como las del diapasón, que, aplicado al
 oído, parece que quema con su vertiginoso latir,
 eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas*
 que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incom-
 35 prensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado;
 ella no tenía curiosidad por entender lo que los de
 allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del
 mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el
 ruido por el ruido mismo, por su timbre y su
 misterio.

40 La *Cordera*, mucho más formal que sus compañe-
 ros, verdad es que, relativamente, de edad también
 mucho más madura, se abstenía de toda comunica-

.....
² Aquí tiene la acep-
 ción de vasija peque-
 ña, que se suele usar
 para tomar el choco-
 late.

.....
[▼] Los tres personajes aparecen asociados a un prado *triangular*. En ese mundo natu-
 ral, apartado y tranquilo, se ha introducido un elemento ajeno, desconocido y tam-
 bién agresor: el palo del telégrafo parece un *pendón de conquista*.

ción con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo como lo que era para ella efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse[▼]. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio³.

.....
³ Quinto Horacio Flaco (65-8 a.C.), poeta latino.

.....
⁴ Apacentarla (asturianismo).

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla*⁴, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

.....
[▼] Con gran ironía, el narrador, además de los puntos de vista de los niños sobre el poste, nos ofrece también el de la vaca. Ello permite contrapesar la visión infantil imaginativa con otra más realista, práctica y madura: el palo, símbolo de la civilización, es cosa inútil y *muerta*.

soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbido de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más oscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta⁶, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila[▼].

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* del Ramayana⁷, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que

.....
⁶ Antón, *el marido* de Chinta.

.....
⁷ Antigua epopeya india que narra la historia del príncipe Rama.

.....
[▼] Los personajes aparecen unidos a un paisaje caracterizado por su paz, su aislamiento y sus ciclos monótonos. La injusticia se producirá al separar del prado, de ese mundo dichoso, a sus moradores.

135 dios falso⁷. La *Cordera*, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

140 Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

145 En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir a la *gramática*, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

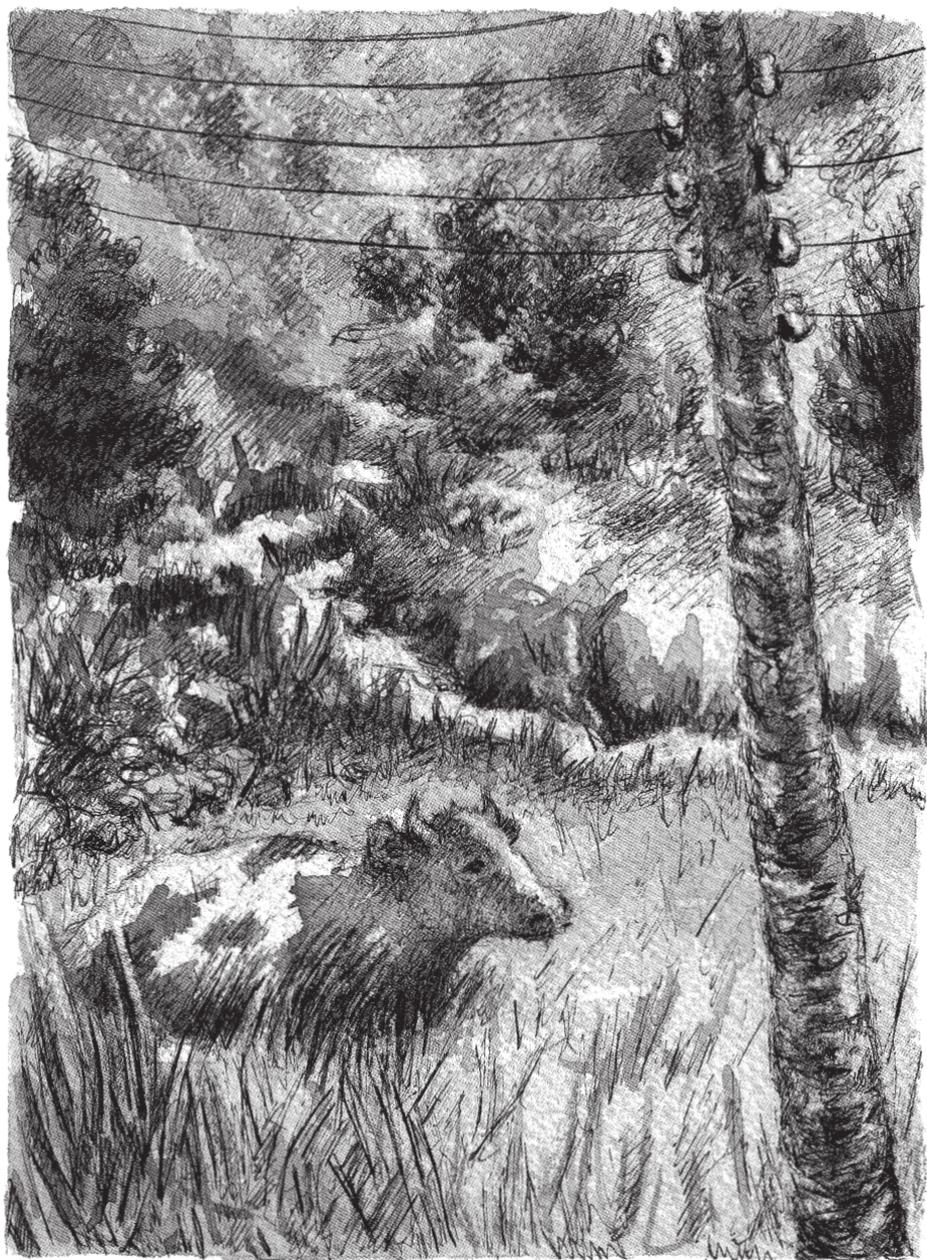
160 En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso⁸ para *estrar*⁹ el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que le hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación*¹⁰ y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fue-

.....
⁸ Planta de maíz, sin la mazorca, utilizada para pienso.

.....
⁹ Desparriamar hierba en la cuadra para cama del ganado (asturianismo).

.....
¹⁰ La cría de los animales (asturianismo).

.....
⁷ Vemos cómo se enfoca a la vaca desde variados ángulos: como abuela, está humanizada; su testuz se transforma en cuna; se la relaciona con las religiones orientales, aunque con una nota irónica del narrador. Estas metamorfosis continuarán.



165 ra absolutamente indispensable para que el ternero
subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre
estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había
oportunidad, a escondidas, soltaban el recental, que, cie-
go y como loco, a testaradas contra todo, corría a
170 buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo
su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita,
diciendo, a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a
mí▼.

175 Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se
olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta
de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía empare-
jada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a
180 la gamella¹¹, sabía someter su voluntad a la ajena,
y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la
cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie
mientras la pareja dormía en tierra.

.....
¹¹ Arco a cada lado
del yugo que se pone
a los animales de la-
bor.

*
* *

Antón de Chinta comprendió que había nacido para
185 pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir
aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio
con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil
ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de
privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y
190 no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda
se vio obligado, para pagar atrasos al *amo*, el due-

.....
▼De nuevo encontramos una referencia religiosa. En este caso, se recrea una conocida frase evangélica. El tono va de la ternura a la ironía. A ésta responde unas líneas después el doble sentido de la palabra «pasta» aplicada a la vaca.

ño de la *casería* que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el amor de sus hijos[▼]. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia. 195

«Cuidadla, es vuestro sustento», parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo. 200

El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera*; el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte^{▼▼}. 205

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera*. «Sin duda, *mio pá* la había llevado al *xatu*.» No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos 210 215

▼*Clarín* hace hincapié en las condiciones económicas de los personajes. En ese contexto de pobreza, el nombre de la vaca adquiere un valor simbólico de origen religioso: es el *cordero* que va a ser sacrificado para redimir a la familia.

▼▼La humanización de la vaca llega hasta sustituir a la madre de los niños y hacer sus funciones. Como consecuencia, su futura suerte será más dolorosa, cruel e injusta para los Chinta.

220 que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al oscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohínos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dio explicaciones, pero los hijos adivinaron
225 el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma¹² del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba¹³. Hasta el último momento del
235 mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad. «No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale.» Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió
240 a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.
245

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera*; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dio el último ataque, algo borracho.
250

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso...

.....
¹² Argumentación que presenta como verdadero lo falso.

.....
¹³ Se encastillaba, se obstinaba.

Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madre selvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa[▼] 255

*
* *

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio. 265

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

Al sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fue comprada en su justo precio por un rematante¹⁴ de Castilla[▼]. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puaó, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al tes-

.....
¹⁴ Persona a la que se adjudica algo en una subasta.



▼ En este episodio se insiste en la lucha psicológica de Antón, que se debate entre la necesidad económica y su afecto por la vaca, que ha llegado a ser la sustituta de la madre en el hogar. El último intento de venta acentúa el dramatismo de la situación:

▼▼ La referencia geográfica refuerza la oposición conflictiva entre el mundo de los Chinta y lo foráneo. La disyuntiva entre pagar o quedarse en la calle y la necesidad de una venta o «sacrificio» las volveremos a encontrar en *El sustituto*.

.....
 bajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*¹⁷, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto[▼]. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el *corral* oscuro. Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

.....
^{17bis} Este uso del vos es rasgo dialectal asturiano.

—Bah, bah, *neños*, acá vos digo^{17bis}; basta de *pame-mes* —así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja oscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tintán* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera!* —gritaba Rosa deshecha en llanto—. ¡Adiós, *Cordera* de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera!* —repetía Pinín, no más sereno.

.....
 ▼La diferencia de apreciaciones de Antón y el comisionado responde a una oposición: valores económicos/valores afectivos. El dramatismo de la escena lo atempera la ironía de considerar el *cucho* como recuerdo sentimental.